

Cultura y Ocio

LIBROS

Historias del mar

Seix Barral publica la esperada traducción castellana de la novela con la que el poeta vizcaíno Kirmen Uribe ganó el Premio de la Crítica en vasco y el Nacional de Narrativa



Kirmen Uribe (Ondárroa, Vizcaya, 1970) en una fotografía tomada por Txomin Sáez.

BILBAO-NUEVA YORK-BILBAO

Kirmen Uribe. Traducción Ana Arregi. Seix Barral. Barcelona, 2010. 208 páginas. 19 euros

Ignacio F. Garmendia



Cuando la primera novela de Kirmen Uribe (Ondarroa, 1970) ganó el Nacional, hubo cierta sorpresa por el hecho de que la obra aún permanecía

inédita en castellano, sin que constara que ninguno de los jurados –salvo el benemérito Jon Kortazar– dominase la vieja lengua de Axular. Luego se precisó que habían podido leerla en esta misma traducción de Ana Arregi, ahora por fin disponible. No era en todo caso la primera vez que una novela escrita en euskera obtenía el premio del Ministerio, pues ya antes lo habían ganado *Obabakoak* (1989) de Bernardo Atxaga y *Un tranvía en SP* (2002) de Unai Elorriaga, ambos vinculados al sello

Alfaguara. Autor de un celebrado libro de poemas, *Mientras tanto dame la mano* (Visor, 2003) y de una serie de relatos juveniles, Uribe es también traductor y ha logrado una importante proyección internacional, de modo que su incursión en el terreno de la novela era esperada con interés, dado el prestigio de los galardones concedidos y la repercusión lograda por la edición original en euskera.

Digamos ya que la lectura de *Bilbao-New York-Bilbao* satisface, hasta cierto punto, las altas expectativas, pero al mismo tiempo las defrauda, sobre todo en lo que se refiere a su anunciado carácter novedoso. Puede que esta novela suponga, respecto al modelo de Atxaga, un cambio de paradigma, pero su novedad –que no cabe interpretar en términos de superación– quedaría limitada al ámbito de la literatura vasca. La fórmula empleada por Uribe tiene una eficacia garantizada, y de hecho se enmarca en la corriente, tan a la moda, de la autoficción, que usa de materiales tomados de la historia personal

para hacer literatura. Sin acudir a ejemplos de ultimísima generación, puede citarse, por elegir a uno de los mejores, la narrativa del poeta asturiano Xuan Bello, el autor de *Historia universal de Paniceros* (2002), con el que Uribe comparte mucho de lo bueno que tiene su novela: la voluntad de recuperación de la memoria íntima, vinculada al rescate de una antigua forma de vida y rodeada de un marco de referencias universales que trascienden la evocación costumbrista para adquirir una dimensión mítica. Ambos han aprovechado la lección de autores como Sebald –no en vano citado por Uribe– o Magris, artífices de historias que combinan el relato real, el fondo autobiográfico, la disquisición ensayística y el apunte viajero.

“Hoy vuelo a Nueva York desde el aeropuerto de Bilbao”. El viaje transatlántico es el marco desde el que el narrador y protagonista emprende su relato, una indagación o *quest* en busca de los antecedentes familiares que aparecen retratados en episodios conmovedores,

entretejidos con otras historias vascas. Es esta una novela de historias, más que de personajes, de esos relatos que pasan de generación en generación –frágiles por lo tanto, pues que sujetos al azar de la transmisión oral– hasta conformar el caudal de la memoria recibida. Comparecen así el abuelo y el padre, ligados a los oficios del mar, pero también el pintor Aurelio Arteta –uno de sus murales, de curiosas resonancias simbolistas, aparece generosamente reproducido en la novela– o el arquitecto Ricardo Bastida, entre otros, vinculados en una evocación que va enlazando las anécdotas para construir un fresco enormemente sugestivo. El viejo puerto de Ondarroa y las viejas historias de los *arrantzales*, verdaderas o legendarias, le sirven al narrador para entonar un canto tras pasado de melancolía por los trabajos y los días de un mundo desaparecido, un emocionado homenaje que no se permite caer en la nostalgia.

Esta reconstrucción del pasado es lo mejor de la novela, que falla a

nuestro juicio en otros aspectos. Las escenas del avión o los datos del vuelo, por ejemplo, resultan intrascendentes, reiterativos o postizos. La reflexión metaliteraria –el autor confía sus dudas, o más bien su seguridad, acerca del modo elegido para transmitir la historia– parece ingenua o incluso chocante. Como en la vida real, el exceso de autoconciencia es susceptible de crear rechazo. Resulta significativo el pasaje en el que el narrador declara: “El reto consistía en hablar de tres generaciones distintas de una familia, sin volver a la novela del siglo XIX”. Un discurso antiguo, muy siglo XX. Es cuestión de gustos, y hay quien piensa que las nuevas tecnologías cambiarán para siempre la literatura tal como la hemos conocido, pero también podemos pensar que ese es –precisamente– un planteamiento muy decimonónico.

Por otra parte, en una tierra como el País Vasco, donde la cuestión de la identidad –de suyo problemática– está tan contaminada, es de agradecer que Uribe ignore el irredentismo y la tentación vindicativa. Ahora bien, no cabe defender una novela –ni tampoco atacarla, como ocurrió en parte con la famosa polémica suscitada por Echevarría a propósito de Atxaga– aduciendo argumentos extraliterarios. El propio autor ha declarado que deseaba dar, como Pamuk respecto de Turquía, una visión “amable” de Euskadi. Lo ha conseguido, y ha logrado además escribir un libro hermoso, bien modulado y elegantemente escrito, donde se nota la mano del poeta. Como novela, en cambio, y tal vez por causa de las mencionadas expectativas, resulta un poco decepcionante. O como narración, porque no se trata de una cuestión de género. Nadie a estas alturas reclama imposibles ortodoxias, pero la fragmentariedad, signo de nuestro tiempo, también tiene sus peligros. En literatura, modernidad –véanse los libros del citado Xuan Bello– no equivale a abrir pantallas de internet, reproducir correos electrónicos o citar el Facebook y la Wikipedia.

Retablo del infortunio

DESTINOS INTERMEDIOS

Octavio Escobar Giraldo. Periférica, Cáceres, 2010. 208 páginas, 16,50 euros.

Manuel Gregorio González



Ya dimos noticia aquí de *Saide*, la anterior novela del colombiano Escobar Giraldo. También dijimos que era una obra en taracea, sin aludir con ello a la polémica entre *fragmentarios* y *narrativos* que hoy abulta los suplementos culturales. Sea como fuere,

Destinos intermedios acude nuevamente a esta técnica del retablo medieval, donde varias historias, diferentes vidas, acaban por enlazarse en un ápice de violencia cuyo origen está en el narcotráfico, en la lucha de cárteles, y en la profunda herida de la corrupción, que ejerce aquí de oscuro lubricante para esa inmensa maquinaria, asediada por la pobreza, la guerrilla y el fascinante brillo de las armas, llamada Colombia.

Fragmentario o no, Escobar Giraldo es un escritor cuya economía de medios, cuyo sentido escenográfico, dispone en el

breve lapso de estas páginas un angustioso relato donde la impunidad y el miedo, la fuerza coercitiva, acorralan al ciudadano en una ínsula de temor y en una suerte de colaboracionismo ineludible. Todos los personajes son, en cierto modo, partícipes de un carnaval de sangre donde la muerte –la muerte violenta, arbitraria, de una brutalidad ejemplarizante– es el engranaje mismo de la vida. Hannah Arendt llamó a este fenómeno, referido al nazismo, “la culpa organizada”. Y es así como un padre desesperado, un médico te-

naz y diligente, unas muchachas de paso, se convierten en parte involuntaria de una red de intereses, en cuya cima se vislumbra el poder político. También en el mexicano Élmer Mendoza encontramos esta colusión entre el crimen y las urnas, entre los representantes de la ciudadanía y el servicio (bien remunerado) a unas fuerzas tan colosales como espurias. La diferencia, sin embargo, entre el género negro clásico y este *noir* austral de Giraldo y Mendoza, es que la corrupción y la sevicia, junto a la expeditiva violencia en que se cimien-

tan, no son una deplorable anomalía, sino que parecen erigirse en los caracteres que singularizan al sistema.

Qué puede el hombre, el hombre normal, frente a esta fulminante victoria de la sangre. En *Destinos intermedios*, Escobar Giraldo escenifica esta perplejidad, esta indefensión, sin olvidar en ningún caso que el matarife, que el sicario, que el policía envilecido por la plata (también la muchacha acuciada por la muerte), sueñan y aman, quizá con desesperación, quizá con un desprecupado cinismo, mientras las balas le respeten el cuerpo. Esta parece ser la habilidad de Giraldo: exponer escuetamente, con vertiginosa concisión, la completa deriva de lo humano.